

Una amistad de cuarenta años con
LEONARD COHEN

ASUNTOS
DE VITAL
INTERÉS

ERIC LERNER

Traducción de Ramón Buenaventura

Alianza editorial

Título original: *Matters of Vital Interest: a Forty-Year Friendship with Leonard Cohen*

Esta edición ha sido publicada por acuerdo con Da Capo Press,
un sello de Perseus Books, LLC, una filial de Hachette Book Group, Inc., New York,
New York, USA. Todos los derechos reservados.

Fragmento del poema de Allen Ginsberg, en pág. 70,
© Allen Ginsberg, LLC. Citado con permiso.

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



Copyright © 2018 by Eric Lerner

© de la traducción: Ramón Buenaventura Sánchez Paños, 2019

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2019

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15; 28027 Madrid

www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-9181-686-7

Depósito Legal: M. 31.710-2019

Printed in Spain

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE ALIANZA
EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

alianzaeditorial@anaya.es

Para todos los chicos

ÍNDICE

| | | |
|---------------|---|-----|
| <i>uno</i> | Roshi..... | 11 |
| <i>dos</i> | Neandertales..... | 29 |
| <i>tres</i> | Zero | 55 |
| <i>cuatro</i> | La marcha de los pingüinos | 81 |
| <i>cinco</i> | Dos pájaros a tiro..... | 103 |
| <i>seis</i> | El Mayflower | 119 |
| <i>siete</i> | El futuro..... | 147 |
| <i>ocho</i> | Jikan..... | 165 |
| <i>nueve</i> | El escritor es ambivalente..... | 195 |
| <i>diez</i> | El puzle ya terminado se desmonta | 211 |
| <i>once</i> | Vívido consuelo..... | 235 |
| <i>doce</i> | Asuntos de vital interés | 271 |
| | <i>Agradecimientos</i> | 291 |

UNO

ROSHI

La abadía de Saint Joseph, en Spencer, Massachusetts, es un magnífico conjunto de edificios de piedra natural, rodeado de muchas hectáreas de ondulados campos de labranza; monasterio de la católica orden cisterciense de la Estrecha Observancia, cuyos monjes, popularmente llamados trapenses, viven una vida de enclaustramiento, de rezo y contemplación. En los años setenta, algunos de los miembros más abiertos de la orden invitaron a Joshu Sasaki Roshi, maestro Zen Rinzai nacido en Japón, a visitar la abadía una vez al año y servirles de guía en un retiro zen intenso llamado *sesshin*.

Joshu Sasaki Roshi llegó a Estados Unidos en 1962, enviado por sus superiores de un prestigioso templo japonés —hubo quien dijo, más adelante, que fue para quitárselo de encima, por problemático—, atendiendo a la petición de un grupito de entusiastas del zen del sur de California que necesitaba un maestro.

Llegó sin hablar inglés, con un asendereado y viejo diccionario japonés-inglés. Sus partidarios crearon el Cimarron Zen Center unos años más adelante, en una zona peligrosa de Los Ángeles, no muy lejos de donde ocurrieron los disturbios de Watts en 1965. En 1975 el grupo compró un antiguo campamento de los Boy Scouts a eso de una hora de distancia, al este de la ciudad, en lo alto de un monte de dos mil cuatrocientos metros. El centro del monte Baldy estaba pensado para recrear el ambiente y la práctica de entrenamiento de un monasterio japonés tradicional de Rinzai Zen.

El *Rinzai* es una «escuela» de zen con características propias, y el zen es una escuela del budismo con características propias. En su práctica reglamentaria, el Rinzai requiere la precisa ejecución de cada una de las actividades rituales del grupo. Los estudiantes llevan todos una idéntica túnica zen negra y se sientan a meditar —*zazen*— en el *zendo*, la sala de meditación, en idénticos tatamis y cojines negros, situados unos frente a otros en filas paralelas, todos en idéntica postura de meditación: espalda erguida, piernas en medio o pleno loto, manos en cuenco tocándose por los pulgares en lo alto de un círculo abierto mantenido por encima del ombligo, sin bajar nunca hasta el regazo. La cabeza ligeramente inclinada. Ojos entrecerrados, enfocados en algo que haya en el suelo delante del sujeto, sin apartarlos nunca jamás, sobre todo no en dirección a alguna otra persona. Una vez iniciado el *zazen*, no hay movimientos, ni resoplidos, ni toses. Toda infracción queda inmediatamente sometida a la desaprobación del oficiante del *zendo* —el *jikijitsu*—, que grita periódicamente: ¡*Sin moverse!* ¡*Quietos!*

De vez en cuando, el oficiante merodea por el *zendo* con una vara plana de madera pulida, con los codos separados del cuerpo al modo de los espadachines samurái, como desafiando a los estudiantes a dar una cabezada o dejar caer las manos. Si

esto ocurre, se precipita hacia el descreído y le aplica un toquecito en el hombro. Las reverencias mutuas preceden a los famosos azotes Rinzai con la vara. El estudiante castigado hace una nueva reverencia para dar las gracias. El *jikijitsu* sigue con sus merodeos.

La meditación andante se ajusta a una coreografía similar: en fila india, a paso ligero, con las manos apretadas contra el pecho: una larga y negra oruga girando por el *zendo*, con lluvia y con sol. Las comidas en grupo, con su exigente formalidad de reverencias silenciosas y ademanes, no interrumpen en modo alguno la intensa concentración en no meter la pata. El propósito de todo esto, junto con la privación del sueño, es inducir una profunda desesperación que te impulse a efectuar una especie de ataque kamikaze contra tu ego.

No es Concienciación para el Progreso en la Corporación, ni una forma de reducción del estrés. No se supone que te haga sentirte especialmente mejor, mientras no accedas a un instantáneo relámpago de iluminación.

Satori.

En cualquier caso, eso es lo que publicitan.



Convocados por el sonido rítmico de los pesados badajos de madera —lento y de mal agüero, al principio, para llamarte la atención, luego aumentando progresivamente el ritmo, para causarte pánico—, los alumnos de zen llegan en fila al *zendo* provisional, una sala de recepción de la abadía, alfombrada y reconvertida para esta sesión «informal». Yo estaba entre la media docena de alumnos novatos que nos trastabillábamos en el umbral para asegurarnos de que ejecutábamos correctamente nuestras recién aprendidas reverencias, antes de encontrar nues-

tros puestos, hacer otra reverencia y colocarnos en postura *zazen* al comienzo de la sesión. Era abril de 1977.

No me di cuenta de que el sitio cerca de la ventana que había solicitado estaba directamente enfrente del *jikijitsu*, el líder *zendo*, hasta que vi la mesa baja colocada junto al cojín vacío, con una campana, un incensario y un encendedor. Oí a mi espalda unos pasos que bajaban la escalera. Manteniendo la cabeza gacha, como se me había dicho que hiciera, miré sus pies descalzos. La parte inferior de su cuerpo entró en mi campo de visión. Vi que sus manos realizaban rápidos movimientos de barrido para colocar el borde de la túnica cubriendo las rodillas y remeterlo bajo los pies, lo cual lo trocaba en una impresionante pirámide negra. Levanté la mirada, a hurtadillas, para echar un vistazo a su rostro.

Era Leonard Cohen.

¿De verdad?

El suyo era un rostro muy famoso, expuesto muy visiblemente en la carátula de ese primer álbum que todo el mundo poseía en 1968, con el espeso casco de pelo negro cayéndole prácticamente hasta las cejas, hasta los ojos negros que te miraban con chispazos de luz, la nariz semítica asomando sobre unos labios curiosamente curvos, en una pose que hacía pensar en algún poeta francés del siglo XIX. Llevaba sin oír nada nuevo de él desde su segundo álbum, de 1969, el de la carátula blanca con las palabras «Bird on the Wire» (‘pájaro en el alambre’). No tenía ni idea de qué podía haber estado haciendo desde entonces, pero su rostro era más viejo, más tenso, más flaco y más resuelto.

Se supone que el líder *zendo* no debe actuar como si no le costase esfuerzo alguno completar el arduo programa previsto para hacer que todo el mundo se sienta aún peor. Leonard presentaba un aspecto plácido, de resignada indiferencia, pero tenía dormidos los pies cuando se levantó para encabezar el grupo en

los paseos reglamentarios. Sus túnicas daban la impresión de pasar por la plancha todas las mañanas, y el cuello blanco permaneció terso e inmaculado durante la semana entera.



Al quinto día, los efluvios de los cuerpos y espíritus torturados sofocaban el *zendo*. Después del almuerzo teníamos una pausa para ducharnos, echar una cabezadita o dar una vuelta por el exterior, pensando en nuestros apuros. Yo había descubierto un sendero que conducía a una zona aislada detrás del edificio principal, donde podía estar solo. Al doblar la esquina camino de mi sitio, vi que Leonard Cohen se me había adelantado y se estaba fumando un cigarrillo en una postura muy señorial, sujetando con una mano el codo de la mano que sostenía el cigarrillo. Estaba a punto de dar media vuelta y dejarlo solo, cuando se volvió hacia mí y me dijo con displicencia: *Está bien, no hace falta mantener las distancias.*

Me senté en el murete de piedra natural y me puse a contemplar el panorama de campos de cultivo, mirándolo a él de vez en cuando. Siguió fumando, y daba la impresión de estar sumido en alguna meditación, con el entrecejo fruncido. En aquel entonces yo no sabía nada de su vida ni, a mis veintisiete años, de cómo podía ser la vida de un hombre de cuarenta y dos.

Terminó su cigarrillo y lo aplastó contra el suelo, para luego depositar pulcramente la colilla en el ancho puño de su túnica. Desde donde estaba sentado pude oír el enorme suspiro que lanzó. Me puse en pie para regresar al *zendo*. Él se volvió, y nos miramos. Su serio rostro expresaba perplejidad. Me hizo sonreír su no expresada pregunta: ¿Qué está haciendo aquí un par de chicos judíos tan listos como nosotros?



Treinta y cinco años después, mientras trabajaba en una novela en que contaba la vida de un profesor ficticio de la New Age, releí los libros que fueron los primeros en lanzarme por el camino espiritual y que me llevaron a salirme de Harvard en 1969 para hacer un viaje por tierra a la India. El libro que más me impactó de nuevo fue *Las variedades de la experiencia religiosa*, escrito en 1902 por el fundador de la psicología moderna, William James.

Le pregunté a Leonard si lo había leído.

—Por supuesto. Pero no recuerdo ni una sola palabra. ¿Arroja alguna luz sobre nuestras preocupaciones?

—Escucha esto. —Solemos aprender cosas por teléfono.

—Según James, *hay un acusado contraste entre las dos maneras de ver la vida, entre las personas que llamamos saludables, que solo necesitan nacer una vez, y las almas enfermas que necesitan nacer dos veces para ser felices.*

—¿Nacer dos veces, eh? —Nunca perdió ese «eh» tan canadiense, que quizá se me haya contagiado—. Muy bueno.

Seguí:

—*El temperamento mentalmente sano tiene una incapacidad constitucional para el sufrimiento prolongado, y su tendencia a ver las cosas con optimismo es como un agua de cristalización en que se fija el carácter individual.*

—Yo era antes así, supongo —apuntó él.

—¿Sí? ¿Cuándo?

—En la planta de arriba de mi casa, en mi cuarto, jugando con mi estuche de química, a los doce años. Luego me perdí en la niebla del deseo sexual, de la que aún no he acabado de salir.

—Ya te entiendo.

—Pues claro que me entiendes.

—Esta parte es la mejor —continué—. James dice que los nacidos dos veces *tienen un modo más mórbido de percibir la situación. Es como si en su consciencia humana hubiera una sensación de presencia objetiva, una percepción de lo que podríamos llamar ahí hay algo, más profunda y más general que ninguno de los sentidos especiales y particulares por los cuales la psicología actual supone las realidades existentes.*

»La base psicológica de este carácter nacido dos veces parece ser una cierta discordancia o heterogeneidad en el temperamento nativo del sujeto, una moral y una constitución intelectual incompletamente unificadas.

—No es una mala descripción del IT.

Unos años antes, Leonard había bautizado la peculiar y particular dolencia que nos afectaba a ambos con el nombre de IT. Tras larga consideración, acordamos que el IT no tenía mucho que ver con la depresión clínica ni con la disposición neurótica. No éramos almas inherentemente oscuras (a él le costó mucho contradecir esta confusión tan popular), ni éramos de los que se empeñan tozudamente en refutar la felicidad. Era más bien que poseíamos, como William James describe perfectamente, la noción de una presencia interna que estaba en contradicción con las percepciones y sentimientos de los supuestos sanos mentales.

Para nosotros, el IT era una certidumbre, no una incertidumbre, la certidumbre de que hay algo inefable y sin embargo más real en el universo que cualquiera de las cosas que podemos tocar, saborear o follar, una certidumbre que no podíamos negar, por más que lo intentáramos. IT era una presencia espectral, inquietante, en la puerta de entrada abierta a medias, un incesante recordatorio de que no podíamos instalarnos en ningún refugio provisional, porque en esas chozas mal provistas, escasas,

nuestras vidas solo podían vivirse *como si*, haciendo como que el telón de papel tras el cual nos escondiéramos fuese la realidad, mientras la presencia en la puerta abierta a medias se burlaba de nuestras creencias, se burlaba de las drogas que ingeríamos para silenciarla, se burlaba del semen que gastábamos tratando de ahogarla, se burlaba incluso del aplauso que buscábamos para disolver la enloquecedora angustia, la sensación de haber perdido lo que nunca poseímos.

—¿Ofrece el bueno del doctor James alguna cura para nuestra enfermedad? —preguntó Leonard.

—Oye esto. Dice que el nacido dos veces *debe experimentar la religión... no como un aburrido hábito, sino más bien como una fiebre aguda.*

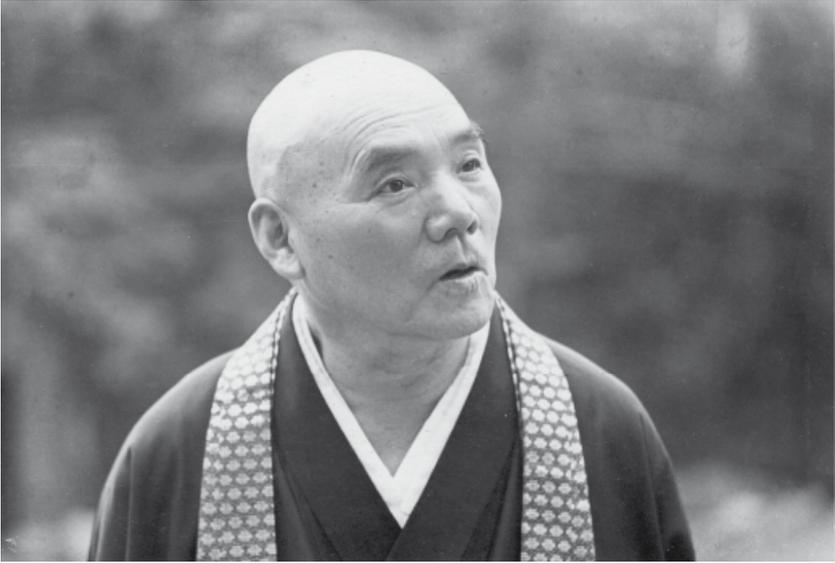
—Tenía la esperanza de que recomendará jovencitas hermosas.



Conocí a Joshu Sasaki Roshi al mismo tiempo que a Leonard, en aquella *sesshin* de 1977 en la abadía de Saint Joseph. Roshi es muy corto de estatura, casi tan ancho como alto. A los 107 años, la última vez que lo vi, poco antes de su muerte, tenía las mejillas y la afeitada cabeza tan lisas como cuando lo conocí, a sus setenta. Su rostro está en ácido. De veras. No es tu mente la que está colocada. Su rostro pasa en un instante de una expresión de comunicación distante con el cosmos a una atención aburrida, pero generosa, hacia ti, y cambia con la misma rapidez a una expresión de rotunda certeza cuando se empeña en que comprendas lo que te dice.

Lleva unas túnicas blancas impecables, que huelen a recién lavadas. Se sienta en una plataforma ligeramente alzada, sosteniendo una pequeña vara curva de madera pulida, que tú tratas

ROSHI



Conocí a Joshu Sasaki Roshi al mismo tiempo que a Leonard, en aquella *sesshin* zen de 1977. Roshi tenía setenta años en aquel entonces.
(Del archivo de Eric Lerner.)

de no ver, mucho menos mirar, porque estás tratando de no mirar nada, a pesar de que en el recinto hay toda clase de cosas interesantes que observar, toda clase de distracciones, y él es la mayor de todas las distracciones, pero tú has tomado la decisión de no distraerte de la razón por la que estás de rodillas ante él, la razón de que hayas pasado las tres últimas horas en *zazen*.

Esto es el *sanzen*, el encuentro con el maestro.

¿Cómo captas tu verdadera naturaleza cuando miras un pino?

¿Perdón?

Por lo que yo sé, este *koan* se lo propuso a todo el mundo, pero estoy seguro de que hay excepciones y contradicciones en todos los hechos relativos a su persona que estoy presentando.

El inglés de Roshi dejaba mucho que desear. Repitió el *koan* lentamente, con los ojos casi cerrados, enunciando cada palabra con una sonrisa como de pedir perdón que, luego me enteraría, era en realidad la negación malvada y sarcástica de que alguna vez pudiera disculparse por algo. No obstante, el propósito de este primer encuentro en la primera mañana de la *sesshin* era, en lo que a mí respecta, llegar al menos a percibir correctamente las palabras de mi primer *koan*. Dije que sí con la cabeza, para indicar que había comprendido lo que acababa de decirme.

Luego abrió los ojos y me preguntó cómo me llamaba y repitió mi nombre. *Elic*. Casi nunca olvidaba el nombre de un alumno. Ahí terminó la charla. Me miró como miran todos los profesores cuando esperan respuesta a algo que han preguntado, como si aquello fuera lo mismo que, pongamos: *¿Quién fue el segundo presidente de los Estados Unidos?*

A mí me habría gustado que me aclarase a qué pino en concreto se refería, pero intuí que cualquier cosa que preguntase sería un mal gesto por mi parte.

—La verdadera naturaleza —dijo, sorprendiéndome al romper el silencio. Sus cejas, alitas de pájaros negros colgados de su frente, crujieron cuando abrió de par en par los ojos, como si recibiera de pronto la inspiración. Se inclinó hacia mí: *Oye, voy a contarte un secreto.*

Me alcé sobre los talones mientras él entonaba: «Verdadera naturaleza igual naturaleza Buda. Igual que yo verdadero». Dio la impresión de quedarse a gusto, como si nunca antes lo hubiera expresado así, lo cual, evidentemente, no podía ser cierto: lo más probable es que eso mismo lo hubiera dicho mil veces.

Pero fue nuestro pequeño secreto.

Luego echó mano de la campanita y la hizo sonar con suavidad. Nuestro encuentro había terminado oficialmente. Me

postré con las palmas vueltas, me levanté, retrocedí, hice otra reverencia y me marché. Estaba emocionado, porque siempre es emocionante que te cuenten un secreto. La confianza te hace sentirte especial, aunque lo que te acaben de revelar sea que tienes un cáncer. El fallo de los secretos es que luego te mueres por contarlos. Soy de naturaleza exuberante y no se me da nada bien guardar secretos. El problema era que estábamos solamente en el primer día de una semana de silencio, y, además, el *sanzen* es un encuentro rigurosamente privado, parecido a la confesión de los católicos.

Regresé al *zendo*, incapaz de borrarle por completo de la cara una sonrisa atolondrada. Tras sentarme y cruzar las piernas, vi que Leonard me miraba de modo inquisitivo. Le hice una breve seña con la cabeza para indicarle mi sensación de que el tiempo invertido en este empeño era en efecto un tiempo bien invertido. Pareció gustarle.



—Ah, Elic. *Hai. Koan* —me saluda Roshi. Nos vemos cuatro veces al día durante la *sesshin*.

Eric contesta:

—¿Cómo capto mi verdadera naturaleza cuando miro un pino?

—¿Cómo CAPTAS tu verdadera naturaleza cuando miras un pino? —me pregunta Roshi.

Sigo sin tener ni idea.

Roshi vuelve lentamente la cabeza y mira hacia arriba. Está mirando un pino, haciéndome ver cómo se capta la verdadera naturaleza mirando un pino.

Durante los seis días siguientes, Roshi remeda su interés y su respeto reverencial ante el pino imaginario. Repite, a veces

con irritada impaciencia, que mi verdadera naturaleza es igual que la naturaleza del Buda, igual que el verdadero yo.

Durante mi último *sanzen* del último día de *sesshin*, casi me quedo dormido delante de él. Roshi mira otra vez su pino imaginario, pero esta vez no está remedando nada. Roshi está captando su verdadera naturaleza al mirar el pino de la sala de *sanzen*.

Zap.

Capto un atisbo, aspiro un olor y noto que la brisa de la verdadera naturaleza me recorre el rostro.

Vuelvo al *zendo*. Leonard se me queda mirando. Digo que sí con la cabeza. Parece aliviado.



Estábamos francamente borrachos, Roshi, Leonard y yo, tendidos en proximidad triangular sobre la espesa alfombra de la sala de arriba, sanctasanctorum, hace poco, de la percepción de la verdadera naturaleza, escenario ahora de un ritual de Sasaki Roshi igualmente importante: beber coñac. Aquella tarde, al terminar el *sesshin*, Leonard, como sin darle importancia, me había invitado a la fiesta. Unos cuantos antiguos alumnos se pasaron por allí para darle las gracias a Roshi, con botellas envueltas para regalo, y tomarse una copa con él. Ahora solo quedábamos tres; cuatro, contando a la intérprete de Roshi, que estaba desmayada en un rincón.

Yo estaba emocionado, no solo por mi íntima cercanía con el maestro, sino por la revelación de que a ambos nos gustaba el alcohol.

En otoño de 1973 volé a Mumbai, India, para practicar la meditación budista Vipassana según las enseñanzas de S. N. Goenka. Luego seguí meditando con sus maestros de Rangún, Burma, y a continuación pasé una temporada en un monasterio

rural de Sri Lanka. Volví a Estados Unidos a lomos de una ola creciente de interés por las enseñanzas de los gurús y maestros orientales en las versiones de los jóvenes acólitos occidentales que habían estudiado con ellos.

Nunca di mucha importancia a otros métodos, ismos y prácticas que fui abrazando. Incapaz de contener mi entusiasmo, a la tierna edad de veintiséis años escribí una crónica espiritual: *Viaje de meditación interior: Experiencia personal de la senda de Buda*. A pesar de su mal pergeñado título, fue objeto de una calurosa acogida en el pujante mundo del despertar espiritual de la New Age.

Intenté ser un buen budista de la vieja escuela. Puse el máximo empeño durante varios años, acatando el Dharma, recorriendo lentamente su exacto Camino de Purificación con sus cuatro Nobles Verdades, el Óctuple Camino Noble, y una estricta enumeración de todas las cosas que hay que hacer y no hacer. Es más bien una escalera que un camino, subiendo, subiendo, subiendo o bajando, bajando, bajando en el interminable círculo del nacimiento y la muerte y el renacimiento, mientras asciendes o descienes de tu meta del Nirvana, la cesación de estos renacimientos interminables.

¡Libertad!

Acababa de regresar a los Estados Unidos, tierra de la libertad, donde viven los valientes, e iba a ser libre y liberar a mis compatriotas. ¡George Washington Buda!

Seguramente, habría podido unirme a Joseph Goldstein y Jack Kornfield y otros muchos que llegué a conocer bien, asumiendo el manto de Maestro Norteamericano de Budismo. Era un buen curro en una industria en desarrollo.

—¿Te pongo coñac, colega?

Con la botella en la mano, Leonard no me estaba preguntando, estaba más bien indicando que le acercara mi vaso para mejorar el ángulo de relleno. Roshi le hizo gesto de que si-

guiera sirviendo. Me impresionó la firmeza del pulso de Leonard. Todos levantamos nuestros vasos y Roshi explicó las propiedades salutíferas del coñac en un japinglés apenas comprensible. Luego brindamos por Leonard.

—Mmm.

Roshi se limpió los labios con el dorso de la mano.

Si todavía hubiera sido budista, esta descarada transgresión de varias normas y regulaciones relativas a la embriaguez y a la confusión mental habría podido costarme un renacimiento en forma de salamandra en mi vida siguiente.

Reencarnación. Cuento de hadas tibetano. Me lo dijo Roshi unos años más adelante.

—Vamos a probar este otro. A Roshi le gusta el Courvoisier, pero yo lo encuentro un poco dulzón.

Leonard asió otra botella, de Rémy Martin, una marca de la que yo no había oído hablar. Mi educación avanzaba a saltos y brincos. Roshi estaba tendido de lado, balanceando su redondo cuerpo en algún punto de la esfera en que podría haberse encontrado su cadera, anclándose con una mano apoyada en la barbilla, con el codo clavado en la blandura de la alfombra, dejando libre la mano con que sostenía el vaso y dirigía las actividades sin derramar una gota.

Aquí no hablamos de los poderes mágicos de un maestro, sino de la impecable realidad de un bebedor, que venía siendo una de mis aspiraciones en la vida desde que me inicié seriamente en tal actividad, a los catorce años.

Roshi se dio cuenta de que Leonard estaba pasándose en sus alabanzas del Rémy Martin, de modo que cogió otra botella de Courvoisier con suficientes X y O en la etiqueta como para jugar al tres en raya. Procedimos a una detenida cata. Yo prefería el Rémy Martin, pero Roshi despreció mi preferencia. ¿Estaba llamándome mariconcete en japonés?



Antes, aquel mismo día, en la reunión final del grupo, la intérprete de Roshi nos comunicó que aquella era una «*sesshin* informal» y que, por ello, Roshi contestaría preguntas sobre «la práctica del budismo». Lo que yo estaba deseando. El maestro aún no había dicho nada sobre el budismo. Tenía preparada mi pregunta.

—Roshi, llevamos una semana aquí y no has mencionado *sila* ni una sola vez. ¿A qué se debe?

Era ciertamente pretencioso por mi parte utilizar el antiguo término para «conducta correcta». Tras haber puesto fin a mi primera peregrinación a la India, la de 1969, con un fallido plan de contrabando de hachís maquinado en Teherán, regresé a Harvard y cambié de Historia y Literatura a Sánscrito y Estudios Indios.

Roshi escuchó con su fingida expresión de interés mientras el intérprete le trasladaba mi pregunta al japonés. Luego —y juro que no me lo estoy inventando— se me quedó mirando desde el otro lado de la sala y su mano derecha salió disparada y le dio un golpe en la frente. Con gran satisfacción, retiró un mosquito que llevaba un rato zumbando en sus proximidades, una desagradable infracción de las normas de buena conducta, sin duda alguna. Roshi no pareció inmutarse ante las posibles consecuencias de este acto en sus futuros renacimientos y procedió a dar respuesta a mi pregunta. Traducido, dijo algo así:

—Eres un bebé en un cuerpo grande. Y tienes una cabeza muy grande con un cerebro grande. No me preguntes qué hacer. Descúbrelo tú mismo.

